Cuando ellos llegaron

Por Diego Arandojo



Desde tiempos remotos se ha rendido culto a las piedras. Ya sea como forma de acceder a las fuerzas telúricas, ubicadas en las regiones inferiores de nuestro planeta, como aquellas celestiales, que danzan en el misterio del cosmos. El investigador Jacinto Choza, en su obra *La moral originaria: la religión neolítica*, expone lo siguiente:

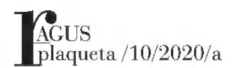
"*Los calendarios solares neolíticos suelen estar hechos con grandes piedras verticales clavadas en el suelo, menhires, dispuestos en secuencia lineal, en paralelo o en un círculo o en dos o más círculos concéntricos. Con frecuencia están construidos según los principios del reloj de sol, que marca las horas según la longitud de la sombra*".

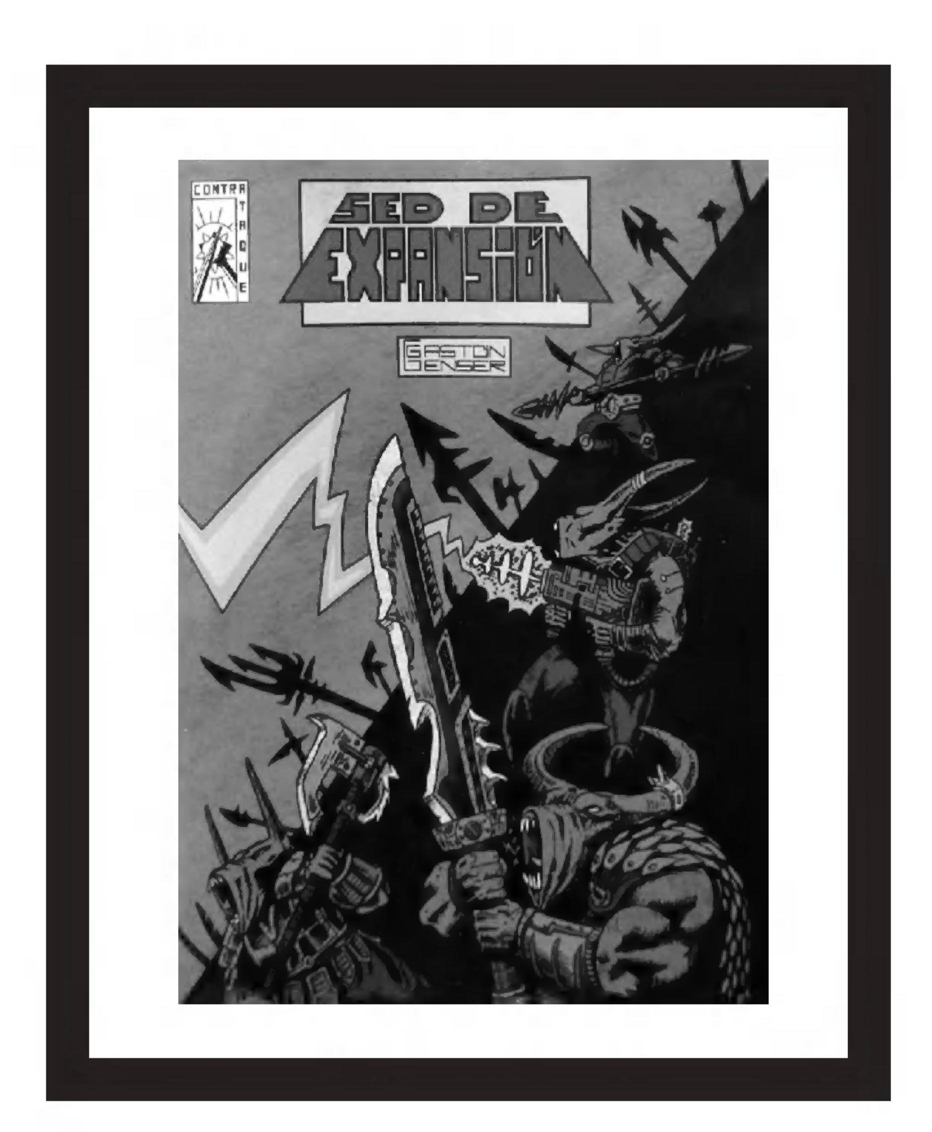
La piedra, además de elemento de conjugación de energías, también funciona como soporte de lo inmemorial. Un lienzo rígido e inflexible que puede tolerar el duro paso del tiempo.

El monolito ("mono" uno y "litos" piedra) puede surgir de forma natural, como un desprendimiento geológico, o por la talla conciente del ser humano. Esta última modalidad es la que nos interesa para referirnos a *Sed de expansión*, la historieta de Gastón Genser editada hacia fines de 2019 por el sello Contrataque.

Si bien aquí el monolito es un portal que comunica distintas dimensiones, comparte un rasgo en común con los demás monolitos: el desdoblamiento; asombra y produce terror, casi al mismo tiempo.

Genser, además de un dotado al momento de dibujar la monstruología, expone un relato que transita la ciencia ficción y el horror cósmico





materialista. Nos habla de una invasión, de un ejército que avanza por el universo dejando su semilla de muerte. A pesar de la brevedad de la obra, es contundente en su meta de contar una historia simple con una visual muy atractiva.

Al término del relato principal, Genser nos ofrece la cocina de su trabajo: una serie de bocetos de los distintos personajes vertidos en *Sed de expansión*, donde uno puede llegar a atisbar las influencias que ha tenido el autor, pero que ya va marcando su propia cosecha.

A conseguirlo y guardarlo, como el primer eslabón de un autor que ha encendido, con tenacidad, su antorcha.